

punto ordenó que se quitase de aquel lugar la cruz y la imagen de la Virgen que ya habian colocado, y que restituyesen el edificio á los judíos despues de haberle repuesto en su primer estado. „Preciso es usar con ellos, escribia entonces al obispo Genaro, de una moderacion que los atraiga edificándolos, y no de una impetuosidad que los exacerbe violentándolos; pues escrito está: *yo os ofreceré un sacrificio voluntario*. Deben siempre ganarse los infieles y atraerlos á la Religion cristiana con las exhortaciones y la edificacion de la caridad, y no alejarlos con las amenazas y el terror.”

Escribió en los términos siguientes á los administradores del patrimonio de la Iglesia romana en Sicilia, acerca de los judíos que existian en aquellas tierras y que rehusaban convertirse (1). „Mi parecer es, que envieis cartas á todas partes, y prometais lisa y sencillamente en mi nombre que se minorará el tributo á todos los que se conviertan; de modo que al que paga un sueldo de oro, se le perdonará la tercera parte, y el que pague tres ó cuatro, pagará uno menos. No receleis que esta disminucion de nuestras rentas sea una pérdida. Si los padres no se convierten sinceramente, á lo menos los hijos recibirán el bautismo con mejores disposiciones. Esta era la consecuencia práctica de los principios de San Gregorio para atraer al cristianismo sin violencia. Desagradábale tanto el celo tiránico, que escribió tambien á las Galias á los obispos de Arlés y Marsella,

(1) *Lib. 4. ep. 6.*

con motivo de las quejas que habian dado muchos judíos, de que en aquel pais de comercio se bautizaba un gran número de los suyos mas por fuerza que por convencimiento (1).

65. Regía entonces San Virgilio la iglesia de Arlés, despues de haber sido abad de San Sinfiriano de Autun. Habia visto la luz en Antioquia de una familia distinguida, y renunció grandes posesiones para vestir el hábito de monge en Lerins. El Papa le otorgó como á sus predecesores el vicariato de las Galias y el palio. Estendíase este vicariato á todos los estados de Childeberto, que además de su propio patrimonio sucedió, como se ha visto, al Rey Gontrano, y reinó hasta muy adentro de la Germania. Debia egercerse por lo demás este derecho conforme á la carta del santo Papa, sin perjuicio de los metropolitanos. „Pero si algun obispo, añade, quiere viajar, no podrá hacer el viage sin vuestro permiso. Si se suscita alguna cuestion de fe ó algun otro negocio difícil, reunireis doce obispos para juzgarlo; y si no puede decidirse de este modo, nos remitireis el proceso.”

66. Escribió San Gregorio otra carta aun mas importante á San Virgilio, y al mismo tiempo (porque era circular) á Siagrio de Autun, á Eterio de Leon, y á Desiderio de Viena, prelados todos los mas distinguidos de las Galias (2). Llevaba por obgeto refrenar algunos abusos; y el abad Ciríaco, portador de la carta, debia ser tambien promotor de la reforma.

(1) *Lib. 1. ep. 45.* (2) *Ibid. ep. 50.*

Se trataba en primer lugar de la simonía en la colación de las órdenes sagradas: abuso tanto mas peligroso, cuanto se hacia menos escrúpulo de él, con pretexto de que el dinero adquirido por este medio se empleaba en buenas obras. El santo Pontífice inculca fuertemente ser propio de una piedad falsa y reprobada, hacer materia de la caridad los bienes mal adquiridos; y que una cosa es hacer limosna para redimir sus pecados, y otra cometer pecados para prodigar limosnas.

Después se explica enérgicamente contra las ordenaciones precipitadas, y afirma que confiriendo el episcopado á los legos, que no han ejercido todas las órdenes inferiores, se viola la prohibición que hace San Pablo de ordenar á un neófito. „Es necesario, dice, tener al presente por neófito al que es nuevo en el hábito de religion, esto es, en el hábito ó vestido eclesiástico.” De aquí se infiere, que después del establecimiento de las naciones bárbaras, conservaron los eclesiásticos la toga romana ó el hábito largo, y que por el vestido lego que les estaba prohibido se daban á entender los vestidos cortos y ligeros de aquellos pueblos que todos eran guerreros y cazadores. Recomienda tambien San Gregorio la celebracion de los concilios. „Conoceis, dice, que los cánones ordenan celebrarlos dos veces al año; pero si hay algun obstáculo, deseamos que sin admitir excusa se tengan al menos una vez al año. Principiad congregando uno para la reforma de todos estos abusos con la diligencia del obispo Siagrio y del abad Ciríaco; después

de lo cual Siagrio nos enviará la relacion por mano de este abad.”

67. Se tendrá tal vez por cosa estraña que el obispo de Autun sea al parecer preferido aquí á los de Arlés y Leon; mas el Papa conocia lo útil que Siagrio podia ser á la Iglesia, á causa del afecto particular con que le honraban los Reyes de Francia y la Reina Brunequilda. Ansiaba por otra parte reconocer los buenos oficios de este obispo para la conversion de los ingleses. Concedióle el palio con este motivo solamente, lo que solicitaba ya mucho tiempo aquel obispo; mas para honrar su silla no menos que su persona, otorgó el primer lugar en la provincia, después de Leon que es la metrópoli, á la iglesia de Autun que se gloria aun de esta prerogativa.

68. La iglesia de Autun algunos años antes habia tenido el honor de dar en su diácono Eustasio un digno sucesor á San Sulpicio Severo, arzobispo de Bourges, que se venera el 29 de Enero, y no debe confundirse con San Sulpicio el Piadoso, que se sentó después en la misma silla. Florecia por el mismo tiempo el abad San Irier, célebre en aquella provincia por la generosidad del sacrificio que hizo á Dios de todas las comodidades de un nacimiento ilustre, y por el esplendor de sus milagros (1).

69. Entre el gran número de sus discípulos se distinguió particularmente el diácono San Vulfaico, como el único ejemplo indudable, ó bien conocido de la vida de los estilítas en occidente (2). Después de

(1) *Gregor. Turon. de Glor. Conf. c. 9.* (2) *Id. lib. 3. hist. c. 15.*

haber aprendido los sólidos principios de la disciplina regular con el abad Irier, corrió al país de Tréveris cerca del castillo de Ivois, y levantó un monasterio en un monte vecino. Allí hizo edificar una columna sobre la que vivió mucho tiempo de pie y descalzo. Mas por muy altas que rayasen la robustez y fuerza del temperamento de este nuevo Simeon, lombardo de nacimiento, no pudo superar el rigor del clima. Hízole el frío caer muchas veces las uñas de los pies. Nada le hacia desmayar sin embargo; y tuvo el consuelo de lograr que abjurasen la idolatría los pueblos vecinos, que corrían de tropel á ver este singular espectáculo.

70. Poseían un ídolo gigantesco de Diana, adorado sobremanera en toda la estension de aquellos dilatados bosques, con el nombre de Diana de Ardena. Tanto logró Vulfaico con sus exhortaciones y sus ruegos, que los indujo primero á despreciar sus idolillos, y finalmente á destruir el grande y hacerle añicos. Los obispos sin embargo dijeron al estilíta: „no debéis pretender imitar al gran Simeon de Antioquia; porque la diferencia de climas no consiente hacer una vida semejante. Descended de vuestra columna, y habitad con los hermanos que habeis reunido.” Persuadióle al punto su humildad, que era mejor la obediencia que el sacrificio. Bajó de la columna, vivió con los otros é hizo conocer de este modo á todos, que solo habia sido guiado por el espíritu del Señor para la salvacion de un pueblo bárbaro, en el que causaban grande impresion estas admirables austeridades.

71. Ofreció por el mismo tiempo el monasterio de Santa Radegunda un espectáculo no menos extraordinario, pero muy distinto, en la escandalosa conducta de la religiosa Crodielta, hija del Rey Chereberto (1). Desesperóse por no haber conseguido la dignidad de abadesa, y huyó de su convento con Basina, su prima hermana, hija del Rey Chilperico, y con cerca de otras cuarenta religiosas que habia atraído á su rebelion. Habia trabajado de mil maneras Meroveo, obispo de Poitiers, para contenerlas; pero rompiendo puertas y barreras dieron mas publicidad y escándalo á su desercion, que se verificó por el mes de Febrero, con un temporal cruel despues de lluvias inmensas que habian anegado los caminos. Viajaban á pie sin carruage alguno estas doncellas naturalmente tímidas y tan delicadas, y sin una sola bestia de carga para trasladar las cosas mas necesarias, negándose todos socorro y víveres como á unas apóstatas. Llegaron á Tours despues de algunos dias de una fatiga escesiva, en el estado mas deplorable. Conjurólas el santo obispo Gregorio para que no destruyesen lo que habia costado tantos trabajos á Santa Radegunda: les dió palabra de ser su mediador, y ofreció arreglar todas las cosas á su gusto con el obispo de Poitiers. „No,” dijo la altiva Crodielta, no trataremos con nuestros tiranos: deseábamos ir á ver á los Reyes de nuestra familia para hacerles saber la injuria que reciben en nuestras personas, y para que unas miserables nacidas para ser nuestras esclavas sean cas-

(1) Gregor. Turon. lib. 10. hist. cap. 1. et seq.

tigadas como deben, por haber tratado ellas mismas como siervas á las hijas de Reyes." El obispo pudo lograr tan solo el detenerlas lo restante de la mala estacion, juzgando que se tranquilizarian con el tiempo. Mas la orgullosa Crodielta parti6 para la corte luego que el tiempo no fue tan cruel, y dejó en Tours con Basina el resto de aquellas vírgenes fugitivas.

72. Recibi6la con cari6o el Rey, y resolvi6 congregiar una junta de obispos para imponerse en su causa. Mientras se juntaba este concilio, regres6 Crodielta á reunirse con sus religiosas, de las que algunas se habian tranquilizado durante su ausencia. Recelosa de una desercion mas considerable, reuni6 una multitud de vagamundos y malvados, regres6 con precipitacion á Poitiers, se fortific6 en la iglesia de San Hilario como en una plaza de armas, desde donde obr6 las últimas violencias contra su propio monasterio, y una muy señalada contra los obispos. Pas6 á Poitiers Gundegisilo, arzobispo de Burdeos y metropolitano de la provincia, con algunos de sus sufragáneos para poner un término al escándalo. Estos prelados se vieron obligados á emplear los anatemas de la Iglesia como el último remedio de la obstinacion; por lo que Crodielta y las religiosas que se habian mantenido en la apostasia, se lanzaron á los atentados mas sacrílegos. Interin los obispos permanecian en la iglesia, los bandidos pagados por ellas se arrojaron con palos en las manos, descargaron muchos golpes á los prelados, derribáronlos en tierra, hirie-

ron hasta derramar su sangre á los diáconos y á los clérigos, y aun asesinaron á algunos. A la siguiente noche el monasterio fue sitiado y forzado.

Buscaba principalmente Crodielta á la abadesa Leubovera, con todo el furor de una muger que toma sobre su rival una preponderancia largo tiempo disputada. Arrebataron, pues, á Leubovera, aunque gravemente enferma, y la encarcelaron en la casa que habitaba Basina, paladeándose con el placer de hacerla sufrir todas las invenciones de una venganza meditada. Luego saquearon el monasterio, y no dejaron en él sino lo que no podian llevar. La corte noticiosa de estas violencias, di6 las órdenes mas rigurosas; y en su consecuencia el conde de Poitiers atac6 á la tropa sediciosa, libr6 de estos bandidos el monasterio donde se habian acantonado, y les castig6 con suplicios egemplares, cortando las manos á unos y á otros la nariz y las orejas; y todos fueron castigados ó disipados. El temor y la rivalidad introdujeron la discordia aun entre las religiosas sublevadas. Crodielta queria dominar con imperio: Basina orgullosa con el mismo nacimiento no queria sujetarse; y teniendo cada una sus protegidas, formaron dos partidos. Mas en breve se dispersaron la mayor parte de las religiosas; algunas en casas de los parientes ó en las suyas, y otras en las comunidades en donde primero se habian educado.

73. Luego que se restableci6 la calma por la autoridad secular, dieron oidos los obispos á las acusaciones que tanto se habian vociferado contra la aba-

desa legítima. Las rebeldes no tenían mas derecho en la substancia que en el modo. Obligáronlas á que pidiesen perdon á su superiora, y reparasen el escándalo y los daños cometidos; ellas lo rehusaron con mas escándalo, amenazando altamente que asesinarían á la abadesa, la que sin embargo fue restablecida en el gobierno de su monasterio. Esta contienda escandalosa por último vió su fin en el concilio que se celebró en Metz el mismo año 590, donde Crodielta y Basina lograron la absolucion. Postrada Basina ante los obispos, pidió perdon ofreciendo reconciliarse con su abadesa y tornar á su monasterio. Protestó la imperiosa Crodielta que no regresaría á él mientras viviese Leubovera. Intercedieron por ella á nombre de los Príncipes de su sangre, y juzgando que el tiempo podia curar aquel espíritu arrebatado, creyeron útil que viviese en una tierra que el Rey la concedió.

74. Fallaron en el mismo concilio la causa de Gil ó Egidio, arzobispo de Rems, para lo que se habia principalmente reunido (1). Confesóse súbitamente este prelado, despues de haber negado largo tiempo contra las mas fuertes pruebas, y declaróse culpable de una multitud de crímenes de estado, y de haber procedido siempre contra el servicio del Rey Childberto y su madre Brunequilda, hasta aconsejar el deshacerse de la Reina para oprimir mas fácilmente al Rey su hijo. Declaró igualmente haber atizado el fuego de las guerras horribles que habian causado tan-

(1) *Gregor. Turon. lib. 10. hist. cap. 19.*

tos estragos en las Galias; y de haber recibido dos mil sueldos de oro y otros muchos presentes por proteger las intenciones desastrosas de Chilperico y Fredegunda. Obtuvieronle la vida los obispos, aunque merecia perderla; le depusieron del sacerdocio, y ordenaron en su lugar al presbítero Romulfo, hijo del duque Lupò. Desterráronle despues á Strasburgo, y se hizo pesquisa de sus tesoros. Dejaron á su iglesia lo que dimanaba de los bienes eclesiásticos, y el fruto de sus intrigas fue confiscado para el Rey.

75. Consolaba entretanto á las Galias de estos escándalos domésticos un ilustre extranjero llamado Columbano (1). Era natural de Irlanda, en donde con todos los conocimientos propios de un hombre bien nacido, habia adquirido la ciencia de los Santos de todo punto mas apreciable. Era de agradable aspecto, de ingenio vivo y brillante, de alma recta y llena de energía, incapáz de ablandarse y aun inflexible; y conociendo desde luego los peligros que tendria que correr en el mundo, resolvió abandonarle. Para verificarlo con mejor éxito, dejó su pais, á pesar de la resistencia de su madre. Recorrió diferentes regiones, y llegó á las Galias á los treinta años de edad, con otros doce monges de las islas Británicas.

76. Fijó su residencia en medio de los desiertos de la Vogé, en el sitio mas inculto y áspero, llamado todavía Ansgray. Mas su comunidad se hizo numerosa en breve, buscó un sitio menos estrecho en el mismo desierto, y levantó á ocho millas de Ans-

(1) *Act. Bened. Tom. 2. pag. 7.*

gray el monasterio de Luxovio. Muy pronto fue tambien este establecimiento insuficiente, y tuvo que edificar otro llamado las Fuentes, á causa de la abundancia de sus aguas. Nombró superiores de una virtud á prueba en cada uno de estos monasterios, donde él residia alternativamente.

77. Se conserva aun la regla que les dictó, y que fue largo tiempo seguida por los cenobítas de las Galias. Es breve y sencilla como todas estas instituciones antiguas, y distribuye el día entre la oracion, el trabajo y la lectura. No debian tomar alimento hasta la hora de nona, y habia de ser el de los pobres; esto es, yerbas, legumbres, harina desleida en agua con un pequeño pan. La salmodía era como en la regla de San Benito, mas ó menos larga conforme á las festividades y estaciones diversas.

Hállase al fin de la regla el penitencial ó el modo de corregir las faltas de los hermanos. Los azotes son los castigos mas frecuentes; los cuales podian llegar hasta doscientos; pero nunca mas de veinticinco de una vez, y seis solamente por las faltas leves. Hacian los monges la señal de la cruz sobre todo lo que tomaban. Llevaban al salir óleo bendito para ungir á los enfermos. Parece que llevaban tambien la Eucaristía, pues hay penitencias para los que dejen corromper las especies sacramentales. Distingue el Santo con claridad dos clases de pecados: los mortales que se deben confesar al sacerdote, y los pecados leves que se confesaban muchas veces al abad. Notamos que San Columbano habia leído á Casiano, del que

tomó muchos artículos de su penitencial. Existe otra obra con el mismo título, que señala las penas canónicas á todo género de crímenes y para toda clase de personas. Esto demuestra no solo el ejemplo del santo fundador, sino tambien que este predicaba en todas las partes por donde transitaba, no viviendo sus compañeros y discípulos de tal modo aislados en el retiro, que no se empleasen al mismo tiempo en las funciones de la caridad apostólica.

78. Habia llevado de Irlanda la costumbre especial de los habitantes de aquella isla de celebrar la Pascua el dia catorce de la luna determinadamente, y no el domingo posterior segun la iglesia romana (1). Turbaron su reposo sobre este punto los obispos de Francia, y escribió al Papa San Gregorio con grande libertad y con mucha mas adhesion de la que convenia á un uso desechado mucho tiempo antes por la Iglesia universal, y totalmente extraño en la iglesia donde vivia. No se entregaron al Pontífice estas cartas: escribió otras á muchos obispos de las Galias, haciéndoles saber que ya habia abrazado su partido, y que inútilmente se intentaria hacerle mudar de dictámen. „Mirad, decia, lo que haceis á unos pobres viejos extranjeros; tengo para mí que seria mas útil consolarlos que inquietarlos. ¿Qué os pido yo, sino que se me permita vivir en reposo en estos bosques, cerca de los huesos de diez y siete de nuestros hermanos que aquí están enterrados? ¿Por ventura no habremos venido de tan lejos por amor de Jesucristo,

(1) *Biblioth. Patr. Tom. 6. edit. Lugdun. pag. 31.*

sino para vernos espeler por los obispos del lugar en donde le servimos?" Difícil es justificar aun en un Santo este primer rasgo de adhesion á su propio sentir. Empero las mas brillantes virtudes, como los astros mas luminosos, tienen sus manchas y sus eclipses. Escribió segunda vez á Roma San Columbano, y solo mostró afecto á su observancia particular en cuanto no se reputaba opuesta á la fe.

79. Florecia por la propia época y en el mismo género de vida, pero en la estremidad opuesta del mundo cristiano, San Juan Clímaco, llamado así de la palabra griega que denota escala, por motivo de su tratado de la perfeccion evangélica intulado Escala del cielo, que merece uno de los primeros lugares entre las obras de los antiguos ascéticos. Nombraron á Juan abad del monasterio del monte Sínai, en el que habia tomado el hábito á los diez y seis años de edad; cuyas riendas le obligaron á empuñar despues de cuarenta años de vida solitaria. Resistíase mucho su humildad á publicar las producciones de su ingenio; y en efecto no dió á luz su excelente libro, sino despues de reiteradas instancias del abad del monasterio de Raithú, que le hizo temer que resistia al espíritu de Dios é incurria en el castigo de siervo inútil.

80. Compónese esta obra de treinta grados de perfeccion, para sostener la idea figurada de treinta escalones que demuestran el encadenamiento progresivo de las virtudes, y las diversas estaciones de la vida interior; desde la fuga del mundo y del pecado, has-

ta el perfecto desprendimiento de todos los objetos terrenos. Enlaza el autor á los preceptos los egemplos de que habia sido testigo ocular visitando los célebres monasterios de Egipto. Nada se habia presentado mas digno de admiracion á sus ojos que la perfecta sumision de los religiosos, consumados en el estudio de la sabiduría y en el egercicio de todas las virtudes; porque despues de cuarenta ó cincuenta años de profesion, obedecian con una simplicidad de niños á cualquiera que les mandaba en el nombre del Señor. Esplica los rigores de la penitencia que hacian cerca de Alejandria los que despues de su profesion habian caido en algun pecado grave, cuya austeridad nos pareceria absolutamente increíble, si quisiéramos juzgar de ellos por la debilidad de los penitentes ordinarios de estos últimos siglos.

81. Para estos primeros penitentes existia una habitacion particular, llamada la prision, á una milla de distancia del monasterio grande (1). A nadie se encarcelaba allí sino á los que querian por su propia voluntad. Mas los que de este modo se habian condenado á sí mismos, no salian ya hasta que Dios hiciese conocer al abad que los habia perdonado. Carecian en este lugar de vino, aceite y aun de fuego, sin probar alimento alguno sino un pan grosero y algunas yerbas. Era espantoso el sitio, obscuro en extremo, y de una infeccion capaz de ofender á todo el que no estuviese totalmente muerto á sí mismo.

(1) *S. Joann. Clim. Scal. cal. grad. 5.*